

Augusto Monterroso

La letra e
Fragmentos de un diario



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1987, Augusto Monterroso
Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con International
Editor' Co. Agencia Literaria.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-206-6
Depósito legal: M. 636-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Prefacio

1983

- 17 Kafka
- 19 Memoria del tigre
- 19 Dejar de escribir
- 20 Eduardo Torres
- 21 Las niñas de Lewis Carroll
- 23 Moscú
- 26 La soledad
- 27 Cortázar
- 28 En latín
- 29 Galileo

1984

- 33 Un paso en falso
- 37 La palabra impresa
- 38 Leer y releer
- 38 Tren Barcelona-París
- 40 El globo
- 41 Postergaciones
- 41 Las buenas maneras
- 43 El niño Joyce
- 44 Yo sólo corrijo
- 45 Las caras de los caballos
- 47 Hacerse perdonar
- 47 Eduardo Torres dixit

47	Libro a la vista
49	Se cierra un ciclo
50	Atravesar los esmeriles
50	Ocaso de sirenas
52	Epitafio encontrado en el cementerio Monte Parnaso de San Blas, S. B.
53	Subcomedia
53	La encuesta de <i>Quimera</i>
54	Ventajas de un género
54	Los grandes del siglo
57	La pregunta de siempre
59	Scorza en París
61	La palabra escrita y la palabra hablada
65	Actitudes ante un género
65	¿Qué cosa es todo poema?
66	Dualidades
66	Nulla dies sine linea
66	Libros nuevos
67	Encuentros y desencuentros
68	La muerte de un poeta
70	El tiempo irreparable
71	Rosa, rosae
73	ADN literario; la crítica genética
75	Bumes, protobumes, subbumes
77	Tirar el arpa
78	<i>El Caimán Barbudo</i> . La Habana
79	Et in Arcadia ego y lo obvio
83	Problemas de la comunicación
85	Los cuentos cortos, cortos
88	Las almas en pena
92	La naturaleza de Rubén

Índice

96	Melancolía de las antologías
98	Golding-Torres
98	Germania
100	Lulio-Rimbaud
104	Nueva York
108	Para lo alegre o lo triste
110	¿Hablar como se escribe?
111	La vida real
112	Lo que el hombre es
113	Palabras, palabras
113	Aconsejar y hacer
115	Ninfa
117	Historia fantástica
117	Diarios
118	Exposición al ambiente
118	Perros de Kafka y de Cervantes
121	El elogio dudoso
122	Bulgaria
124	Ludovico furioso
126	Nueva Nicaragua
127	Primeros encuentros
128	Rulfo
130	Quémame, no me quemes
132	Cyril Connolly
135	Todo el Modernismo es triste
136	La isla
139	Kierkegaard
140	El avión a Managua
143	Una historia vieja
144	Vuelta al origen
144	Managua

Índice

145	El signo ominoso
145	Coronel Urtecho
147	Eliot
147	Managua
148	Hábitos
148	Polonia
151	Martínez Rivas
152	La otra torre
152	La línea y el pájaro
154	Perú triste
159	Seguro
159	Tontería-inteligencia
163	La desnudez perfecta
164	Llega la noche
164	Los gustos raros
164	El Papa
164	Adán no calla con nada
166	Ser jurado
167	Chaplin
168	La única tristeza
169	Agenda del escritor
170	Mi mundo
172	Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S. B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón
172	La pregunta de <i>Caravelle</i>
173	Puntos de mira
174	Las causas
174	Saussure
175	Aún hay clases

Índice

- 175 Ser uno mismo
175 Con Sábado en Barcelona
178 Thoreau
179 En sombra, en nada
179 El paso a la inmortalidad
180 Fantasía y/o realidad
181 Mañana será otro día
182 Avignon
183 La tumba
185 Jaroslav Seifert
186 Pessoa
187 Michaux
187 El mentiroso
188 Tus libros y los míos
189 Nada que declarar
190 Marinetti
191 Triángulos
192 Vallejo
193 Para darle gusto
193 Watteau
194 Clásico, moderno
- 1985
- 199 Partir de cero
199 Único propósito nuevo de Año Nuevo
199 Manatíes en México
203 Tempus fugit
203 Rilke
204 La mosca portuguesa
206 Proust
206 Telegrama de La Habana

207	Autoflagelación
207	Los polacos
210	Cakchicoto
214	El escritor
215	Negación para un género
217	Jurado en La Habana
218	Lo folclórico-oculto
223	Al paso con la vida
226	Sueños realizados
227	Ideal literario
227	América Central
228	Un buen principio
228	El otro mundo
228	Alma-Espíritu
229	Cuidado con la Arcadia
230	Vanzetti pro Sacco
234	La verdad sospechosa
237	Proximidades
241	De la tristeza
242	Gertrude died, Alice
244	Poeta en Nueva York
249	Transparencias
249	Robert Graves
252	La huida inútil
253	Huxley
255	El pan duro
258	Prólogo a mi Antología personal
259	Las bellas artes al poder
259	La tierra baldía
260	El lugar de cada quien
261	La primera fila
264	Así es la cosa

Prefacio

Nuestros libros son los ríos que van a dar en la mar que es el olvido.

La primera versión de las líneas que siguen se halla en cuadernos, pedazos de papel, programas de teatro, cuentas de hoteles y hasta billetes de tren; la segunda, a manera de Diario, en un periódico mexicano; la tercera, en las páginas de este libro.

Lo que ha quedado puede carecer de valor; sin embargo, escribiéndolo me encontré con diversas partes de mí mismo que quizá conocía pero que había preferido desconocer: el envidioso, el tímido, el vengativo, el vanidoso y el amargado; pero también el amigo de las cosas simples, de las palabras, de los animales y hasta de algunas personas, entre autores y gente sencilla de carne y hueso.

Yo soy ellos, que me ven y a la vez son yo, de este lado de la página o del otro, enfrentados al mismo fin inmediato: conocernos, y aceptarnos o negarnos; seguir juntos, o decirnos resueltamente adiós.

Florenxia, abril de 1986

1983

Kafka

Este año se celebra el centenario del nacimiento de Franz Kafka. Durante meses rehuí invitaciones para escribir o hablar sobre el asunto, por pereza o, más seguramente, por timidez, pues la verdad es que Kafka me ha acompañado desde hace mucho tiempo, y que me gusta recordar que allá por 1950 un grupo de escritores, entre los que se encontraba Juan José Arreola, más tarde su admirador incondicional, habíamos instituido un premio de 25 pesos (moneda nacional) para quien fuera capaz de leer *El proceso*, y de demostrarlo; o releer las aventuras del adolescente Karl Rossman en *América* (mis preferidas); o evocar las ocasiones en que he estado en Praga y he ido a ver con cierta fascinación el segundo piso en que Franz vivió con su familia y en cuya esquina hay una cabeza suya de hierro con dos fechas. Y desde ahí, desde un án-

gulo propicio, contemplar el castillo, allá lejos pero al mismo tiempo cercano, imponente y misterioso; y después ir a la casita de la calle de los Alquimistas, en la que ahora se sabe que Franz no vivió y que antes era conmovedor imaginar como la casa en que había vivido ascéticamente y escrito sus interminables postergaciones.

Yo mismo me sobresalté la otra tarde cuando en la sala de conferencias de la librería Gandhi, y ante un público compacto, atento y vagamente intimidatorio, junto al señor Nudelstejer y Jennie Ostrosky, me vi finalmente opinando sobre Franz y su vida y su obra, después de, en un descuido, haberme comprometido a hacerlo, como siempre con la esperanza de que el día que uno acepta para presentarse en público no llegará nunca si el plazo fijado se va partiendo en mitades, una vez tras otra, hasta el infinito, como en cualquier y vulgar aporía de Zenón. Pero como no falla que los demás saben indefectiblemente más que yo sobre cualquier tema, para salir con cierta cara del paso me concreté a leer dos o tres cosas que años antes había dedicado a Kafka y que llevé en calidad de manto protector, y finalmente aproveché una pregunta del público para declarar en serio, y creo que hasta con énfasis, que en el pleito de Kafka contra su padre yo estaba de parte de este último. Al principio hubo algunas risas, pero estoy seguro de que los asistentes con hijos mayores comenzaban a estar de acuerdo conmigo cuando Jennie Ostrosky, siempre inteligente y en su papel de moderadora, dio por terminado el acto.

Memoria del tigre

Eduardo Lizalde vino a casa con su *Memoria del tigre*, recién (y espléndidamente) editado, en el que recoge sus libros anteriores de poesía y su impresionante producción «de la última época».

No sé cuánto tiempo hace que Lizalde y yo somos amigos, pero creo que a estas alturas no habrá ya nada, ni ideas políticas, ni problemas de trabajo, ni malentendidos, todo ese tipo de cosas enemigas de la amistad y hasta de las buenas maneras, que nos haga borrar u olvidar un afecto y una admiración (que optimistamente pienso mutuos) persistentes durante por lo menos los últimos veinticinco años, años en que ambos hemos visto crecer nuestro trabajo, él siempre firme y empeñado, sin decirlo pero lográndolo, en convertirse en el mejor poeta de su generación y, por qué no habría de pensarlo yo, en uno de los dos o tres mejores del México actual. Basta leer los poemas de esa «última época» para darse una cuenta del poeta que ha llegado a ser, y del que está constantemente naciendo y renovándose en él.

Dejar de escribir

Después de proponerlo por teléfono y de una cancelación debida o achacada a la lluvia vino a almorzar mi amigo, escritor y periodista, como de costumbre obsesionado por el tema de la melancolía y la depresión, que se propone a sí mismo como fondo de una novela, de un cuento, de algo que no dejó muy preciso. Naturalmente,

nos referimos a Robert Burton y su *Anatomía de la melancolía*, y yo recordé a Tristram Shandy y a Yorick y al Laurence Sterne del *Viaje sentimental*, pues por supuesto hablamos también de viajes y de otros países, lejanos y cercanos. Le entrego la cuartilla que me había pedido para un sondeo con la cuestión de por qué un escritor deja de escribir, o un pintor de pintar, etcétera.

El asunto da para más de una cuartilla, pero parece ser que ésa es en la actualidad la medida ideal, según los encuestadores, para responder a cualquier pregunta sobre no importa lo que sea. Por pura casualidad, hoy mismo había contestado, dentro de la misma medida, otra de los *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)*, de la Universidad de Toulouse, sobre en qué forma han influido en mí las circunstancias sociales, culturales y políticas en que vivo o he vivido, para responder lo cual había tardado mes y medio. Más interesante me parece el otro cuestionamiento: ¿Qué hace que uno deje de pronto y para siempre de escribir, de pintar o de componer música? A esto contesté pronto y sin vacilaciones y razonada y claramente, como siempre lo hace uno cuando responde a una pregunta cuya respuesta no existe.

(10 de diciembre)

Eduardo Torres

A propósito de lo anterior, recuerdo la proposición de Eduardo Torres consistente en que a todo poeta debería prohibírsele, por ley o decreto, publicar un segundo li-

bro mientras él mismo no lograra demostrar en forma concluyente que su primer libro era lo suficientemente malo como para merecer una segunda oportunidad. Dentro de este tema de la persistencia en el esfuerzo o el abandono total, que puede volverse obsesivo, con frecuencia me viene a la memoria la escena en que don Quijote, después de probar su celada y darse cuenta de que no sirve para maldita la cosa, desiste de probarla por segunda vez, la da por buena y se lanza sin más al peligro y la aventura sin preocuparse de las consecuencias. Por otra parte, hay grados: no publicar, no escribir, no pensar. Existen también los que recorren este camino en sentido contrario: no pensar, escribir, publicar.

Las niñas de Lewis Carroll

Contraviniendo mis principios y movido quién sabe por qué fuerzas extrañas, el otro día me encontré dando una conferencia (que preferí llamar charla y convertir en una especie de diálogo con el público, lo que no logré), sobre literatura infantil, en la Capilla Alfonsina. En México muchos damos por supuesto que este nombre de Capilla Alfonsina se entiende fácilmente porque conocemos su historia, tratamos aunque fuera de lejos a Alfonso Reyes, y sabemos que originalmente ésta fue su biblioteca y que él mismo, en broma o en serio, esto será siempre un enigma para mí, la llamaba gustoso en esta forma. Pero a un extranjero, si es que a Borges se le puede llamar extranjero, la cosa no le suena y se ríe un poco, y ahora recuerdo que en una conversación le dije a un periodista en

Buenos Aires: «Imagínese si aquí se le ocurriera a alguien llamar Capilla Leopoldina a la biblioteca de Lugones». Comoquiera que sea, la Capilla es la Capilla y últimamente, ya sin los libros que formaron la biblioteca original de Reyes, se ha convertido en museo y en centro de conferencias y presentaciones de escritores. En otro tiempo, todavía rodeado por los viejos volúmenes, me tocó dirigir en ella un taller de cuento, más bien de teoría literaria con el pretexto del cuento, y una vez por semana, como a las once de la mañana, acudía allí a enseñar algo que yo necesitaba aprender, lo que no dejaba de atormentarme los seis días anteriores.

En esta ocasión fui presentado por Florencio Sánchez Cámara, cuyo libro *Los conquistadores de papel* acaba de aparecer. Previamente me había pasado más de un mes leyendo unas veces y releendo otras lo que tenía olvidado o recordaba mal del tema. Fue un gran placer reexaminar *Alicia* y cuanto encontré a su alrededor; halagó mi vanidad ver otra vez mi nombre, a propósito de espejos fantásticos, en el prólogo de Ulalume González de León a su libro *El riesgo del placer*, que recoge sus traducciones de *La caza del Snark*, *Jabberwocky* y otros divertimientos de Carroll que sólo con gran optimismo podría considerarse hoy en día literatura para niños; leí y releí otros prólogos y biografías de este hombre extraño y me acerqué a sus juegos matemáticos que no entiendo para nada, si bien poco me costó entender su afición a las niñas menores de edad cuando una vez más escudriñé, con curiosidad malsana, sus fotografías de la ninfeta Alice Liddell y amigas a quienes el buen Lewis trataba incluso de fotografiar desnudas. Ni qué decir que releí también

El principito, con la melancolía propia del caso ante la inutilidad de los llamados a la cordura que en él hace Saint-Exupéry y el recuerdo de su desaparición nocturna; o que intenté con denuedo interesarme en el *Platero* de Juan Ramón Jiménez, libro demasiado angelical según mi gusto deformado para siempre por las inmundicias de los yahoos de Swift. Total, más de un mes de lecturas para a última hora no decir nada *de* la literatura infantil sino dos o tres cosas *contra* los crímenes que se cometen en su nombre, cuando para alimentar las supuestamente ingenuas mentes de los niños se adaptan, por ejemplo, los *Viajes de Gulliver* en veinte páginas y *Don Quijote* en otras tantas, con por lo menos dos resultados nefastos: reducir esos libros a su más pobre expresión visual (enanitos febriles empeñados en mantener atado a un hombre inmenso que comienza a despertar en una playa; un hombre y un caballo escuálidos lanzados al ataque de unos molinos de viento, ante la alarma de un hombre rechoncho y su burro condenados sin remedio a representar la postura contraria al ideal) y hacer que, de adultos, esos niños crean sinceramente haber leído esos libros e incluso lo aseguren sin pudor.

(17 de diciembre)

Moscú

La Asociación Mexicana de Escritores me invita a comer con los soviéticos Roman Solntsev e Igor Isaev, quienes han venido a México dentro de un programa de inter-

cambio de escritores soviéticos y mexicanos. La dificultad del idioma queda superada por el español del agregado cultural y gracias a que entre los otros invitados no falta quien sepa suficiente ruso. Y así intercambiamos las frases rituales. Entre interrupciones y brindis yo trato de contar que hace tres años Bárbara y yo visitamos la URSS (con mi emoción en el inmenso cementerio de Leningrado en el que reposan cerca de un millón de víctimas de la invasión hitleriana), y la alegría de estar por fin, algún día, en persona, en la avenida Nevsky (llamada «perspectiva» en las traducciones de antes), como personajes de Gogol o Dostoyevski, y en el Museo de Pintura Rusa del siglo pasado, en el que se encuentra ya en embrión mucho de lo que sucederá con la pintura en París durante las primeras décadas de nuestro siglo; y luego la estada en Moscú, en el viejo Hotel Pekín, que nos había sido asignado con la protesta de alguien pero que nosotros preferíamos a los enormes y lujosos hoteles modernos moscovitas porque en él y no en éstos había vivido nada menos que Lillian Hellman, y porque enfrente se encuentra la plaza Mayakovski, con una gran estatua del poeta, detrás de la cual, en las noches claras, podíamos ver a la luna en pantalones, y de cuya poesía vale decir lo mismo que ya anoté de la pintura rusa. Como era natural, yo quería hablar de esto en la comida, pero nadie me dejaba, cada quien ocupado en decir lo suyo. También quise contar, sin lograrlo, lo que me sucedió en una librería de Moscú cuando se me ocurrió comprar un ejemplar de *Don Quijote* en ruso:

YO (dirigiéndome a nuestro acompañante y traductor, Yuri Gredin, de la Sociedad de Escritores): Quisiera

ra comprar un *Don Quijote* en ruso, ¿usted cree que lo tengan?

ACOMPAÑANTE (sin vacilar): No; no lo tienen.

YO: ¿Cómo lo sabe? ¿No me haría el favor de preguntar?

ACOMPAÑANTE: Bueno, pero es inútil. (Lo hace. La dependiente le dice que no lo tienen, con gesto sonriente de *nyet*.) ¿Lo ve? Siempre que lo tienen hay cola para comprarlo.

Tampoco se me permitió meter en la conversación que más tarde fuimos a Bakú con Sergio Pitol, ni nuestras aventuras allí cuando, después de haberlas encontrado, nunca pudimos entrar en la casa en que vivió una temporada el poeta Esenin, ni en la imprenta en que Lenin imprimía el periódico clandestino *Iskra*. Total que nadie me dejó hablar, pero fue grato tener enfrente al dramaturgo Solntsev y escuchar los exaltados (no faltaba más) poemas del poeta Isaev, que seguía con evidente complacencia la lectura que de dos o tres de ellos hizo en español, traduciéndolos con eficacia del inglés, la señora Fernanda Villeli, a quien yo me había acercado atraído por la curiosidad: «Es la autora», me había dicho alguien furtivamente al oído, «de la telenovela *El maleficio*».

En la misma comida, el autor de *Olímpica* y director de teatro H. Azar. Por alguna razón recuerdo en ese momento que en *Opio* Jean Cocteau, entre otras cosas sobrenaturales y maravillosas que dice que ocurrieron en diversos lugares del mundo cuando el estreno de su *Orfeo*, afirma (ahora copio literalmente de la traducción de Julio Gómez de la Serna, Ediciones Ulises, Madrid, 1931): «Representaban *Orfeo*, en español, en México. Un tem-